

## «ÉL ESTÁ VIVO»

29/17 abril 2022/1016

### DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos 10, 34a.37-43): *Pasó haciendo el bien.*

Salmo (117, 1-2.16-17.22-23): *«Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»*

2ª lectura (Colosenses 3, 1-4): *Buscad los bienes de allá arriba.*

Evangelio (Juan 20, 1-9): *Entró en el sepulcro; vio y creyó.*

El viernes terminó rápido y sombrío. La muerte del Crucificado, acaecida unas horas antes de que cayera el día, al menos permitió conseguir su cadáver, prepararlo un poco de prisa y llevarlo al sepulcro nuevo, no muy distante del sitio de la ejecución. Todos habían regresado a sus casas, pues tan pronto como se ocultara el sol empezaría aquél sábado, y con él las fiestas y los ritos de Pascua.

El cuerpo de Jesús quedó en el sepulcro. Un sepulcro nuevo de uno de sus discípulos secretos. Él y otros habían preparado el cadáver con los perfumes y unguentos más caros. Pero ellas no habían podido hacer su pequeña parte, esa parte de los ritos funerarios que al menos deja la sensación de haber hecho todo lo que se podía.

No, no habían podido dormir, así que muy temprano, el primer día de la semana, tomaron los perfumes que habían preparado y, bajo la guía de María Magdalena, salieron rumbo al sepulcro. Ellas sabían dónde lo habían puesto, habían visto a los hombres que le dieron sepultura, así que la caminata fue casi a la carrera y en dirección precisa. *“El amor pone alas a los pies”*.

Estaban ya cerca del lugar cuando cayeron en la cuenta de que la piedra que sellaba el sepulcro era muy pesada y no podrían quitarla. ¿Quién nos ayudará a correrla?... Llegaron y vieron que la losa había sido retirada. ¿Quién lo había hecho? ¿Y para qué? Su desconcierto creció al no ver el cuerpo yacente de su Maestro.

Al pronto vieron unos varones de ropajes resplandecientes que las llenaron de miedo, oyeron: *«¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?»*. Esas palabras parecían explicarlo todo y llenarlas de esperanza: *«No está aquí: ha resucitado»*. Los discípulos tenían que saber la noticia.

Hicieron el camino de regreso, con los perfumes intactos y el corazón en ascuas. Al llegar las palabras se amontonaban en la boca de cada una de ellas y los discípulos pensaron que desvariaban. Se sintieron molestas por la incredulidad de los hombres, pero si ellos les trajeran esa misma noticia, también les resultaría difícil de creer.

A mí no me sorprende que haya muchos que no nos crean. Me sorprende que durante veintiún siglos haya muchísimos que han creído y muchos que han soportado hasta la misma muerte porque no se puede dejar de proclamar lo que es la certeza más grande que abriga su mente y su corazón: *«¡Él está vivo!»*.

Detengámonos y reflexionemos sobre lo que estamos celebrando: Hace unos meses celebrábamos la noche santa en la que la luz del Señor envolvió a unos pastores para anunciar a todo el pueblo una buena noticia *«Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor»*. Aquel niño fue creciendo delante de Dios y de los hombres, a los que llamó hermanos. Pasó haciendo el bien, optó por los oprimidos y pecadores. De sus labios brotaron palabras de vida eterna.

Llamó bienaventurados a los pobres, a los que lloran y sufren; a los que luchan por la paz y la justicia y a los perseguidos por su causa. Las fuerzas del mal lo colgaron en una cruz, pero Dios lo resucitó y glorificó. Y hoy nosotros somos en el mundo testigos de su vida y de su Pascua. Jesús camina a nuestro lado, solidario con nuestras penas y alegrías. Está vivo, sobre todo en quienes hoy siguen siendo con Él crucificados.

La cruz y la muerte no tienen la última palabra. En Jesús han triunfado el amor y la vida, la entrega y el servicio. El dar la vida por los demás, han sido entrañablemente abrazados por Dios, nuestro Padre. Jesús es el primogénito de muchos hermanos en camino hacia la resurrección definitiva en Dios.

Jesús es la víctima que, por amor a todos los hombres, muere para que otros no mueran, para que todos tengan vida abundante. Él es el hijo de Dios, lo que acontece en su muerte y resurrección tiene alcance extrahistórico, vale para todos los hombres y todos los tiempos. Aquel morir es por todos. La voluntad homicida es superada y absorbida por un amor más grande que el pecado y la muerte, aquel que pende del madero es aquel que ha muerto y resucitado por nosotros.

La tumba está vacía, el muerto está vivo para siempre; su amor, su entrega y su perdón han sido acogidos por Dios resucitándole de entre los muertos. El hombre está frente al infinito de la misericordia y del perdón de Dios. La vida nueva que brota para nosotros de la entrega de Jesús, al resucitar con Él nos está llamando a perdonar también nosotros a todos, es una de las actitudes que el mundo espera de los cristianos.

**Hermanos: ¡Feliz y dichosa vida nueva en Cristo resucitado!**